

Extrañará el libro de Schnake al buen lector de Poesía, si a primera vista resulta endeble, un poco duro tal vez, por su matiz directo. Pero al unificar estas expresiones de «LAMPARAS AZULES» se convendrá en que su autor tiene el propósito de considerar su libro sólo como un peldaño en esta escalera de la Poesía, cuyo paraíso desemboca en el cielo o en el infierno.—V. C.



<https://doi.org/10.29393/At249-98PLCC10098>

LA PEQUEÑA LUMBRE, sonetos de *Jerónimo Lagos Lisboa*. (Ediciones de la Sociedad de Escritores de Chile, Verano 1945)

Este nuevo libro del poeta de «Yo iba solo...» y «Tiempo Ausente» ha tenido para nosotros la virtud de un paisaje de infancia con siesta campesina, agua de fuente escondida, pájaros, árboles y soledad. Hemos meditado junto a «La Pequeña Lumbre» que ha encendido Jerónimo Lagos Lisboa y se ha abierto para nosotros un mundo nuevo y recóndito. La labor de Lagos Lisboa es parca pero profunda; confirma este libro las dos virtudes que señalan especialmente a Lagos Lisboa: romanticismo de buena ley y parnasiana belleza. Esas dos cualidades tan altas, ya muy logradas en sus dos libros anteriores, tienen en éste una cumplida realización, porque Lagos Lisboa sabe acordar la emoción y la elegancia. Sus sonetos tienen la profunda verdad del corazón, la sutil presencia del canto, la elegancia del parnasiano que ha llegado a burlar el soneto como el más fino de los artífices.

Pertenece Lagos Lisboa a una generación de poetas fundamentales en la moderna literatura de Chile: Jorge González Bastías, Juan Guzmán Cruchaga, Max Jara, Angel Cruchaga Santa María, Pedro Prado, Carlos Préndez Saldías, Gabriela Mistral, están bajos sus mismos cielos transparentes.

La vida del poeta se desarrolla en medio de generosas y muy altas dilecciones: la amistad de sus compañeros de jornada, el amor a su tierra natal, la devoción al hogar de entonces y de hoy.

Los sonetos de esta «Pequeña Lumbre» se hallan reunidos bajo la luz de ensalmos diferentes: Véspero, Colinas del Mar, Sándalo y Estampas. La tarde del poeta, la evocación marinera de paisajes queridos; interrogaciones en medio de la aventura del viaje; un perfume de amor, que penetra y convida a la canción de las hojas otoñales y las pinceladas que se han quedado grabadas por el milagro de la pluma y la fuerza interior.

Una preocupación espiritual de extraordinaria trascendencia para su espíritu lo mantiene en una permanente interrogación y lo conduce a un estado de incertidumbre, de duda, de alborozo y canto. En su soneto «Triste o feliz» . . . Lagos Lisboa nos muestra este aspecto tan interesante de su nueva poesía:

«Al más terco dolor sumó mi clara
jerarquía ancestral su reciedumbre,
e intacta gravitó sobre la herrumbre
del desaliento su altivez preclara.

Triste o feliz, la vida es alquitara;
y en ella, al decantar la pesadumbre,
quedó más viva la pequeña lumbre
que en mi cabal serenidad se ampara.

Ronda esa lumbre en permanente asedio
hasta encender su lámpara Aladino,
y me retoñan árboles en medio.

De un aura antigua y un reciente vino,
en tanto que los astros por mi predio
cubren mis años con su polvo fino».

Jerónimo Lagos Lisboa mantiene incólume su personalidad de poeta moderno, sin hacer concesiones de ninguna especie a las escuelas de vanguardia; su libro de sonetos viene a ser una

confirmación plena y rotunda de que la poesía no necesita de estériles contorsiones verbales y de oscuros pensamientos para renovarse y adquirir la más alta categoría. Lagos Lisboa es dueño de una armonía conceptual, de imágenes y formas que dan como resultado la poesía que contienen los sonetos de este libro, iluminados por una «pequeña lumbre».

Cuántos jóvenes poetas chilenos llevan en sus manos unas luminarias enrojecidas, que parece que van a incendiar al mundo y que sin embargo el más ligero viento extingue. Son poetas que desprecian la forma y que se gozan en decir cosas que ni ellos mismos entienden, para ser así más sugerentes... Y erran por cierto; realizan una obra que no vale la pena de ser tomada en cuenta y están condenados a pasar.

En cambio este poeta que nos ofrece un vaso generoso del agua más pura y armoniosa, alcanza tan luminosas ensoñaciones como este místico acento de su soneto «A María», que dice:

«La Luna ha veinte siglos que nimbó su azucena
con tu albor. La turquesa más alta y sensitiva,
de tus ojos profundos decantó el agua viva
el día en que a los magos guió a tu Noche Buena.

Soledoso, sin sombra de oxidación terrena,
me adivino en casta niña la ilusión transitiva.
Prendió a su humana lumbre tu luz su siempre viva,
y alguna vez, entre ambas, se equivocó mi pena.

Para besar, señora, tus pies, tímidamente
me desnudo en los labios trémulos de mi canto.
Mi levadura es agria: pon de tu dulce harina.

Vuelca en mi árido cauce tu río transparente,
que ya hacía el mar ilímite ¡oh, Stella Matutina!
los vientos en mis velas conocerán tu manto».

Después de leer este soneto de Lagos Lisboa, hemos sentido la más profunda emoción y adivinamos esa ternura del hijo que busca el amparo de la Madre Celeste, de la Señora que como dijo Juana de Ibarbourou ese «espejo en que se mirarán los ángeles». Estrella de la mañana, luz y amparo en el viaje del barco hacia el mar ilímite. La vida y la muerte anilladas por el canto del poeta que ha salido al camino con su bastón de romero.

En sus libros anteriores, Jerónimo Lagos Lisboa se había destacado por un cariño profundo a la tierra suya, al paisaje rural de sus años mozos. No puede olvidar ese afecto tan entrañable y de nuevo tendrá en «Tierra Nuestra» junto a los acentos de égloga de la tierra familiar, vaticinios de exaltación y de amor a la tierra chilena:

«Cielos profundos que azulando el monte
por él descenden a bañarse al río.
Límpida luz de undívago horizonte.
Selvas, viñas, trigales. Caserío.

trepando al borde de la agreste loma.
Y el valle, y lo hondonada, y el torrente,
y el mar que truena y el volcán que asoma
su penachada gris desde el oriente,

augurio son de plenitud. Belleza
que incita al vuelo... Buscador ¿no expandes
tu valladar? ¿No ensayas tu proeza?

Ancho es tu mar; tus cordilleras, grandes.
¡Monta en hervor, que el porvenir ya empieza,
y hecha en tu mar a navegar tus Andes!

«La Pequeña Lumbre» tiene el significado de esos libros que están destinados a permanecer en la literatura de un país.

Acaso Lagos Lisboa no haya pensado jamás que su obra alcanzara una tan alta categoría de belleza espiritual, de acento de poesía pura. Decimos esto último porque en realidad los sonetos de esta obra no valen sólo por la forma que los reviste, ya que el hálito de la belleza que atesoran es mucho más poderoso que la mera fuerza exterior.

Continúa este libro la noble tarea que tuvo comienzo en los poemas de «Yo iba solo...». Y que se acrecentó con gallardía y belleza en las páginas de «Tiempo Ausente». Ahora es la «pequeña lumbre» encendida junto al espíritu como una estrella milagrosa «la pequeña lumbre» que tiene más poder de iluminar que esas falsas fogatas del vanguardismo. La serena medida del canto, la elegancia parnasiana de la forma, la hondura del pensamiento, La renovada emoción que se derrama en cada verso, son signos muy consoladores que nos están diciendo que hay en este libro poesía que es oro y agua de vertiente: nos enriquece el espíritu y extingue la sed, ya tan inclemente bajo soles de prepotencias intelectuales desorbitadas. CARLOS RENÉ CORREA.



LAS SABROSAS CONFIDENCIAS DE BENEDICTO CHUAQUI. por
Januario Espinosa

Repitió Cervantes en el Quijote la creencia vulgar sobre que «nunca segundas partes fueron buenas». Pero él probó lo contrario en su famosa obra. Igualmente y en forma muy precisa, Benedicto Chuaqui, desmiente la vieja afirmación en su reciente libro «Imágenes y Confidencias». En «Memorias de un emigrante» interesó profundamente al lector con la narración de costumbres exóticas, cuáles son las de Siria, su patria; pero la frase carecía de suficiente vibración, de esas galas brillantes de estilo que solemos encontrar en libros de esta clase; que no